



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE PÍO XII A UN GRUPO DE ESTUDIANTES DE LA FACULTAD DE DERECHO DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID*

Lunes 1 de abril de 1957

También este año, vosotros, alumnos de la Facultad de Derecho de la Universidad Central española, al pensar en vuestra excursión de fin de carrera, habéis querido, juntamente con vuestros ilustres profesores, compaginar el viaje de estudios con la piadosa romería, proporcionándonos esta ocasión de recibirnos en nuestra casa y bendeciros efusivamente.

Sois, hijos amadísimos, la animosa mocedad, que se agolpa ansiosamente ante las puertas del mañana, como si temieseis que se os escapase ese futuro, que ya os parece tener al alcance de vuestras manos, en este momento crítico de vuestra vida, en este tránsito de la juventud a la madurez, en este cambio radical que se ha de operar en vosotros al abandonar las aulas para irrumpir en la vida pública, al dejar la condición de alumnos, y acaso hasta de hijos de familia, para actuar por vuestra cuenta, con plena y personal responsabilidad de vuestras propias acciones.

I. - En un momento tan decisivo, que no es solamente vuestro, sino que bien pudiera ser que lo fuera igualmente de todo lo que os rodea, lo primero que os querríamos proponer es ese espíritu de reflexión, esa calma, esa serena e imparcial consideración de los tiempos, de las cosas y de las posibilidades, que debería ser uno de los primeros frutos de vuestra formación jurídica, tan contraria a todo lo que pudiera sonar a irreflexión, precipitación y falta de dominio de sí mismo. Y bien cierto es que nunca puede llamarse perdido un momento de meditación, de humilde recurso al Señor de todas las luces, antes de dar ningún paso que luego pudiera parecer precipitado.

II. - Pero precisamente en momentos de esta clase es cuando la aportación de la juventud, aunque contrapesada con el justo freno del parecer de los más ancianos, puede revestir mayor importancia, por lo que puede suponer de energías intactas, de sana renovación y de libertad de movimientos, especialmente si parece que todo habla de evolución y de progreso. Por eso mismo, hijos amadísimos, vuestra cooperación podría ser preciosa en la edificación del futuro, si sabéis prestarla con tanto entusiasmo como desinterés, si sois capaces de sacar el fruto que se espera de los estudios que habéis llevado a cabo, si conseguís prescindir de pesimismo, de prejuicios y de impresiones negativas y, sobre

todo, si no os olvidáis nunca de poner como fundamento los grandes principios que han inspirado continuamente la vida moral y religiosa de vuestra católica nación, en los densos siglos de su luminosa historia. Vuestra presencia, hoy aquí, en esta casa del Padre común, tiene casi el aire de una formal promesa.

III. - Finalmente vuestra juventud, al llegar casi a su término, podría ser la mejor oportunidad para echar una mirada a ese periodo de vuestra vida, en que, más que pensar en una función colectiva o social, os habéis dedicado a una actividad tan privada y personal como es la de vuestra propia formación. Ahora bien, nuestra sugerencia es que esta labor no la dejéis nunca de la mano, que no la deis por rematada o acabada; y así como habréis de procurar siempre no abandonar el estudio de vuestra especialidad, manteniendo el contacto con libros, revistas, conferencias y todos los demás medios de información, así también nunca abandonéis las fatigas inherentes a vuestra formación interior, sobre todo espiritual, procurando que en cada momento vaya correspondiendo a la mayor amplitud de vuestros horizontes intelectuales, a la mayor capacidad y penetración de vuestras inteligencias y a la más alta responsabilidad de los puestos, en que la Divina Providencia, os vaya distribuyendo.

Si la justicia «*omnium est domina et regina virtutum*», como ya alcanzó a conocer la sabiduría pagana (Cicer. *De Officiis*, 3, 6), fácil es comprender lo que se puede esperar de vosotros, que de su estudio habéis hecho una profesión. Y así nunca languidecerá la luz de aquella antorcha que tan alta mantuvieron un Suárez y un Vitoria, un Soto y un Báñez, un Molina y un Lugo, que fueron, sí, honor de la Iglesia, pero que ilustraron no menos a su tiempo y a su patria.

Una Bendición, amadísimos hijos profesores y estudiantes españoles para vuestros estudios y proyectos, para vuestros familiares y amigos, para vuestros compañeros de estudios, especialmente los universitarios madrileños.

Una Bendición para toda toda esa querida juventud española, a la que ahora y siempre acompañamos de modo singular con nuestras oraciones y nuestro más paternal interés.

* *Discorsi e Radiomessaggi*, vol. XIX, págs. 77-78.

Copyright © Libreria Editrice Vaticana

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana